

GALICIA,

REVISTA UNIVERSAL DE ESTE REINO.

NECROLOGÍA DEL FERROLANO

DON MANUEL DE LA PEÑA,

Director que fué de «La Crónica de Nueva-York.»

Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores que se ha confirmado la triste nueva que hace poco nos comunicó un diario de Madrid relativamente al señor D. Manuel de la Peña. Nuestro querido amigo falleció el 1.º de Abril en el Ferrol, á donde se habia trasladado pocos días ántes, buscando alivio á sus dolencias. La última carta que nos dirigió fué escrita la antevíspera de su fallecimiento, y aunque en ella nos manifestaba que su mal no cedía á la benéfica influencia de aquel clima, dominados por el grande afecto que el señor Peña nos merecía, no pudimos resolernos á renunciar desde entónces á la grata esperanza que vemos hoy completamente desvanecida.

No es nuestro propósito escribir hoy una biografía del señor Peña; pero queremos consignar aquí en breves palabras el concepto en que le teníamos, aunque no sea más que para proporcionarnos la triste satisfacción de rendir á su memoria el tributo de nuestro cariño.

Como escritor político, el señor Peña era no solamente conocido, sino apreciado en la península. Sus escritos de este género revelan talento, ilustración, rectitud de juicio y un espíritu observador y reflexivo, y se recomienda además por la fuerza del raciocinio á la par que por la elegancia y corrección del estilo. Agréguese á esto que la pluma del señor Peña jamás traspasaba, ni aun en las más acaloradas discusiones los límites del decoro, y desde luego se comprenderá cuán apreciables debían de ser sus producciones.

Con ménos modestia y más ambición, tal vez habría llegado el señor Peña á una posición digna de su indisputable mérito. Sin embargo, él no habia nacido para la borrascosa vida de la política; su carácter, sus naturales inclinaciones, sus estudios predilectos todo le llamaba á figurar en más tranquila escena, y bien podemos contarle en el número de los que, impelidos por las circunstancias, se ven obligados á sacrificar

su verdadera vocación. Si á pesar de ello logró distinguirse, prueba es solamente de sus buenas dotes intelectuales y morales.

El señor Peña era un verdadero literato, y los que sabemos de cuanto era capaz, lamentaremos siempre que no le fuese posible dedicarse preferentemente al cultivo de las bellas letras. Sus composiciones poéticas publicadas casi siempre bajo el anónimo, son notables en más de un concepto. Unas se recomiendan por la delicadeza de los pensamientos, otras por su intención filosófica, todas por lo castizo del estilo y la elegancia de la forma. En la mayor parte de ellas domina una melancolía profunda, que no se aviene bien con la jovialidad del carácter de nuestro malogrado amigo, y que, sin embargo, nada tenia de afectada, como sabemos bien los que le conocimos en la intimidad. Contrariado desde sus primeros años por las circunstancias; obligado casi siempre á vivir lejos de los seres que más podían contribuir á hacerle llevadera la carga de la vida; acometido despues por el enojoso mal que poco á poco fué minando su existencia, su alma entusiasta se impregnó de mortal tristeza, y joven aun, renunció á sus más halagueñas esperanzas. Nosotros, que sabemos todo esto, comprendemos cuan sentidas son las siguientes palabras de una de sus composiciones:

Débiles ecos de interior congoja
Mi cítara modula;
Ayes no más mi corazón arroja;
Nada en el mundo mi pesar adula.
Llenar no pueden, no, tanto vacío
Placeres cortesanos,
Que agobian siempre el pensamiento mio
Caros objetos ¡ay! de mí lejanos.

¡Hastío y soledad!—Ni un solo goce
Mi espíritu serena...
¡Ah! nunca la ventura se conoce
Como al través de inconsolable pena!

¡Quién pudiera llorar!.. Por que mi tédio
Es hoy mortal, profundo,
Y sirve el llanto de eficaz remedio,
A ese tédio sin fin que inspira el mundo.

En los últimos tiempos, el cultivo de la literatura y el trato de un reducido número de amigos íntimos, constituían la única distracción de ese *tédio sin fin* que devoraba á nuestro amigo. En medio de sus muchas atenciones, y á pesar del profundo desaliento en que había caído, su invencible afición á esta clase de trabajos le sostuvo en la árdua tarea de trasladar á nuestro idioma el famoso *Childe Harold* de Lord Byron, dejándonos como último recuerdo suyo una obra que hace honor á su talento y á su buen gusto. El señor Peña se proponía traducir al español los principales poemas del bardo inglés, y había comenzado ya la versión del *Giaour*. Su prematura muerte priva, pues, á la literatura patria de una obra que indudablemente la habría enriquecido y que el traductor del *Childe Harold* hubiera realizado con su habitual maestría.

El señor Peña se dedicó también á trabajos más serios, y ha dejado casi concluida una *Gramática inglesa* para uso de los españoles, y una *Historia de la Guardia Civil en España*, obra esta última de la cual se han publicado extensos fragmentos en los diarios de Madrid y que él se proponía enriquecer con la mayor suma de datos posibles y con todas las consideraciones de aplicación práctica á aquella útil institución. Fué también el señor Peña, si no nos equivocamos, el primero que publicó una *Guía española de la ciudad de Nueva-York*, utilísima obra llena de datos importantes, de descripciones fieles y que contiene, además, un extenso y excelente capítulo sobre los usos y costumbres y el carácter general de los americanos del Norte.

Muy á la ligera hemos indicado lo que fué el señor Peña como hombre de letras y los títulos que tenía al buen concepto que como tal merecía. Al terminar estas líneas, cúmplesnos manifestar que su carácter, la bondad de su alma, su cortesanía, le captaron siempre las simpatías y la estimación de los que le conocieron. Era un cumplido caballero y los que tuvimos ocasión de tratarle íntimamente, sabemos cuán digno era del profundo afecto que nos inspiró. En él hemos perdido un amigo muy probado, un compañero cuya memoria nos será siempre grata; cuyo prematuro fin nos causa hoy profunda tristeza.... Descansen en paz y pueda el recuerdo de sus virtudes calmar el acerbo dolor de su anciana madre y de su infeliz esposa á quienes acompañamos en su justo duelo.

(*La Crónica de Nueva York.*)

PICO DE ORO.

—Siempre me alegro de verte, pero hoy más que nunca—dije ayer á mi bella amiga Cecilia, cuya visita recibí al disponerme á emprender mi tarea hebdomadaria.—La ardiente temperatura actual embota mi imaginación y fatiga mi cuerpo. El calor es mi enemigo, intelectual y físicamente. Cuando un sol devo-

rante pesa sobre mi frente, me siento enferma y esplenética como los ingleses durante los días glaciales y nebulosos de su rígido clima. A ellos los entristecen las nieves del norte, á mí me abate y aletarga el terrible verano tropical. Salga, pues, algo que me reanime é inspire de tu piquito de oro.

—Te hablaré de lo que se me ocurra—contestó Cecilia sentándose junto á una ventana.—Qué brisa tan deliciosa entra por ahí!—añadió designándola.—Acaricia mi rostro blanda y suave como un abanico invisible. Mira, yo creo que muchas de nuestras molestias provienen de que no sabemos evitarlas. Justamente vengo de una casa donde se quejaban sus habitantes de la elevación del termómetro y donde, sin embargo, por huir de los catarros y el polvo, se habían encerrado como en una cárcel. Antes que llegue la enfermedad temida se proporcionan otra interceptando la circulación del aire. Sorprende, en verdad, que necesitándose tanto en la Habana respirar el libre ambiente, exista esa inclinación á cerrar no sólo ventanas y puertas apenas estornuda un gato sino también á convertir en hornos los dormitorios por miedo al relente, á la luna y á otras cosas por el estilo. Cierta amiga mía ha enfermado á sus chicos de un modo deplorable á fuerza de ponerlos, digámoslo así, bajo una redoma. Los pobrecillos duermen en aposentos privados de ventilación y se laban con agua *bomba* por culpa de la errada solicitud maternal. Están, por consiguiente, tan pálidos y desmedrados que causan lástima. En vano he repetido á su madre que los perjudica con su equivocado método higiénico. A todos mis argumentos responde ella como si lograra persuadirme, con su exclamación habitual, de la bondad de los suyos: De la propia manera me crió yo. Lo más gracioso es que quien tan ufana se cita por modelo carece de salud, de robustez y de hermosura, quizá, merced á su afición á los dormitorios sin respiraderos y á los baños tibios. Pero hay personas que como las mulas de reata (dispénsenme la comparación) no se apartan, por nada en el mundo, del sendero que se han acostumbrado á seguir, sea torcido ó derecho.

—Participo de tu opinión en el particular—observé á mi turno.—Pocas cosas me chocan tanto como oír exclamar enfáticamente á individuos defectuosos por muchos conceptos:—así me criaron á mí. Pocas, tampoco, me son tan antipáticas como los cocimientos nauseabundos, los baños *bombos* y los encierros por la menor indisposición, en que el vulgo cifra su panacea. Jamás echaré en olvido el inefable bienestar que sentí, una vez que me hallaba en cama con fiebre, cuando llegó el sapiente doctor don J. Le-Riverend, (q. e. p. d.) mandó abrir los postigos de mi alcoba, y tiró el agua hervida para que se le quitara la *crudeza* de que me habían hartado con la mejor intención, reemplazándola con frescas naranjadas. Desde que volví á respirar el aire de la libertad y de la vida y dejé de tomar el líquido indigesto que rechazaba mi estómago, comencé á restablecerme. Oh! progreso! Hasta en las pequeñeces del doméstico hogar se manifiesta tu influencia que destierra las ideas rancias y las preocupaciones ridículas engendradas por la ignorancia y con-

servadas por el antagonismo hácia la innovacion. Si; ántes enfermarse constituía un doble infortunio por el mal en sí mismo y por las mortificaciones supérfluas que se imponían al pobre paciente.

—El mundo marcha—dijo Cecilia repitiendo las célebres palabras de Pelletan.—Pruébanlo también los homenajes que se rinden al talento, considerado al fin como uno de los principales poderes de la tierra. Muere el opulento y su desaparicion se reduce á un acontecimiento local. Pero sucumbe el hombre de verdadero génio y el universo entero participa de la pena que produce su descenso al sepulcro. El fallecimiento de Mayerbeer ha causado en París y en todas las poblaciones cultas un sentimiento que se ha revelado en unas partes con públicas demostraciones y en otras con el pésame espontáneo de la prensa periódica. Y aunque algunos se niegan á colocar el gran compositor á nivel del gran poeta alegando que el primero no propaga como el último las ideas elevadas y provechosas, la humanidad agradecida los iguala en su aprecio pues quien con sus inspiraciones musicales embellece la vida, dulcifica las pasiones y enternece y consuela el corazón, merece en alto grado nuestra adhesión y reconocimiento. Rossini, Bellini, Donicetti y Mayerbeer, han sido además poetas eminentes que han expresado con mágicos sonidos los pensamientos sublimes que el sacerdote de las bellas letras emite ayudado por una rima melodiosa. En cuanto á mí, amo tanto á Euterpe, que me parecen indicios de un alma fría y de un organismo incompleto no gustar de ella. Ah! Cómo hemos de permanecer indiferentes aquí abajo al encanto de la música cuando hasta en la bienaventuranza cantan y pulsán sistros celestiales ángeles y serafines?

—Si tu aplicación corresponde á tu entusiasmo por el divino arte, acertaron tus padres al darte el nombre de la santa patrona de la filarmonía que entonó las alabanzas del Señor acompañándose con un arpa ó un laud—respondí á mi simpática interlocutora.

—A lo ménos trato de llegar á conseguir el dictado de aprovechada *dilettante*—agregó Cecilia sonriéndose.—Ahora recibo lecciones de canto y piano del profesor italiano Sr. Napoleon Carozzi, excelente discípulo del Conservatorio de Milan, que ha estudiado profundamente el arte en cuestion, segun los vastos conocimientos que en él posee á la edad en que otros aprenden todavía. Enseñóme un maestro rutinero y superficial empeñado en reducir la música á un mecanismo insípido y fastidioso hasta que una noche, que en una casa de mi amistad oí tocar el piano á Carozzi, con una brillantez de ejecucion, y una delicadeza de colorido que decían al instante: he ahí el verdadero artista. Efectivamente; el jóven profesor interpretó á primera vista cuantas piezas le presentaron, con el mayor aplomo, valentía y rapidez, indicandome su facilidad para improvisar y leer las notas con la velocidad del relámpago la posesión concienzuda de la ciencia musical. Entónces supliqué á papá me lo proporcionara por maestro en el ramo referido, y desde que estubo con Carozzi he adelantado de tal manera, que

esta mañana aplicó á mi canto un férvido filarmónico aquello de «*Il parlar che n'ell anima si sente.*»

—Conozco tu buen criterio y sé que siempre elogias con razon—murmuré yo mientras añadía la graciosa muchacha:

—No en vano me ha concedido Dios memoria, entendimiento y voluntad. La memoria me sirve para recordar lo que debe recordarse, el entendimiento para comprender el valor de las cosas y la voluntad para hacer justicia á todos y á cada uno. Te diré, por lo mismo, que he sentido bastante no haber podido asistir á la representacion de la obra dramática de Alfredo Torroella, pues sus poesías líricas me gustan, y la pública voz ha comparado su ensayo teatral con la suave aurora que presagia un radiante día. Muchos son los jóvenes que hoy prometen ensanchar los horizontes intelectuales de Cuba. Muchos, digo, por que los brillantes exámenes de la Real Universidad y del Instituto de segunda enseñanza, patentizan que pasaron ya para la Habana los tiempos de la inercia mental en que sólo se sacudía la pereza á impulso de las especulaciones mercantiles. Actualmente una ambición más noble y elevada que la del dinero empieza á desarrollarse en el país: la sed de ciencia y de conocimientos filosóficos. Qué importa que esa sed loable provenga quizá aun más que de amor á la ciencia y á la filosofía en sí propia, de temor al rubor que inspira, en una época de ilustracion general, la ignorancia? A ese amor fecundo en grandes descubrimientos espirituales y materiales conduce el celo de la civilizacion, interior la vanguardia camina llena de actividad hácia las útiles conquistas que cubren de gloria á los iniciadores del progreso comun.

—Y como estudias el mundo tú, linda entusiasta, teórica ó prácticamente?—pregunté á Cecilia en tono de chanza.

—Ahora lo estudio físicamente en los excelentes mapas y globos geográficos que, acudiendo á la calle de Villegas número 199, suministra á precio módico, á quien los solicita, Mr. Lottmann, industrioso alemán que los ha traído de Europa con objeto de facilitar y propagar la enseñanza de la geografía, tan necesaria para servir de guía á los conocimientos históricos, á los comerciales y á los enciclopédicos de índole complicada y multiforme—contestó mi amiga.—Bastantes padres de familia se han apresurado ya á adquirirlos por ser de los mejores en su especie y propósito para grabar en la mente de la juventud nociones interesantísimas é indispensables. El libro que instruye es preciso buscarlo; pero el mapa y el globo están siempre á la vista enseñando lo que se debe aprender y recordando lo que no se debe olvidar, pues anoche, una señora erudita á la violeta, se puso en ridículo en una numerosa tertulia, exclamando magistralmente: Qué calor hace! Cualquiera creería que nos hallamos en la Patagonia y que únicamente un brazo de mar nos separa de la Tierra del Fuego. «El Sr. Lottmann al par ha recibido una coleccion de cuadros al óleo, representando paisajes suizos y alemanes que los amantes de la pintura pueden ver en los salones del Casino Aleman, donde los ha depositado.

Entonces Cecilia cerró su pico de oro, y juzgándola ya cansada, la invitó á tomar algun refresco.

—Ah! Todo lo fresco me gusta, porque fresca es la juventud, fresca el alba y fresca la rosa ántes que la marchite el polvo y el vendabal!—exclamó ella— ¡Cuánta frescura posee el corazon en los primeros años, cuánta el rostro en la edad de la hermosura, y cuánta la imaginación en la época feliz de la espontaneidad y las ilusiones! Fresco agrada todo, el pan y el agua, las flores y las frutas, mientras mohoso y vetusto sólo es bueno el vino, y eso en el concepto de los partidarios de Baco.

En seguida, Cecilia, asomándose á una ventana que daba á la calle, prorrumpió en una carcajada melodiosa como el canto del ruiseñor.

—¿Qué ocurre?—indagué con curiosidad.

—Que acaba de pasar D. Cleto, el marido de Barbarita.

—¿Y por eso te ríes, locueta?

—¿Qué quieres? Es D. Cleto un hombre tan risible que no puedo mirarlo seria. Figúrate que apenas se relaciona con alguna persona, la informa presuroso de su larga parentela, muy interesante para él y muy indiferente para quien no la conozca; que no se refiere en presencia suya ningun suceso sin que traiga á colación media docena de cuentecillos enlazados con su prosapia, y que, contradiciendo la antigua sentencia de que la naturaleza nos concedió una sola lengua para hablar y dos oídos para oír con la intencion que no necesito explicarte, charla perennemente de sí-propio y de sus allegados á compás de los silbidos de su boca desguarnecida, que han comparado muchos con una locomotora.

—¿Caridad, Cecilia, caridad! ¿No has calificado tú misma la burla del peor de los defectos.....?

—Como el mal estado de la dentadura de D. Cleto no dimana de falta de pecuniarios recursos, sino de desaseo personal, me río de sus silbidos involuntarios sin escrúpulo de conciencia,—replicó Cecilia vivamente.

—Existiendo en la Habana un cirujano dentista tan hábil, concienzudo y moderado en la retribucion de sus tareas como el Sr. Bonelli y Zayas, carecen de disculpa cuantos, como D. Cleto, infestan el aire con su aliento nauseabundo y ofenden la vista del prógimo mostrándole una boca salpicada de raigones en putrefaccion. Otro origen tiene, no obstante, la risa que me ha causado el mencionado individuo. Tú sabes que en su morada reina la desidia, y que Barbarita, su digna consorte, emplea todo su tiempo en confeccionar golosinas culinarias. Pues bien, recientemente, la buena señora, admiradora acérrima de sus trabajos, comió tanto al calorcito de sus cacerolas, que una indigestion terrible la puso al borde del sepulcro. Al contemplarla en semejante situacion, D. Cleto se mesó los cabellos, rehusando atender á los consuelos de sus amigos, y como para convencerlos de que le amenazaba una gran desgracia irreparable, exclamó, *riforzando* su bufon acompañamiento de silbidos.—¿Cómo permites, gran Dios, perezca una muger que hacia dulces tan sabrosos?

—Felizmente, Barbarita ha vivido para continuar

haciéndolos—dije á la traviesa muchacha, sin poder conservar mi seriedad.

—Sí; la cocinera se encuentra de enhorabuena—repuso Cecilia.—Algunos creen que no se necesita más para labrar la felicidad de un marido; pero como yo pienso de distinto modo, me río al divisar á D. Cleto. Con él iba el anciano D. Diego B., á cuya hija acaba de sacar de la casa paterna judicialmente el jóven don Pablo A.

—¿Por qué se opondria D. Diego á la boda de Julia con Pablo, mancebo honrado, simpático é industrioso?

—Nadie lo sabe. Unos lo atribuyen á deseos de picar al jóven para que se casara más pronto, otros á determinacion de buscar pretextos para no dar á su hija dote alguna, y muchos al orgullo de sus riquezas que lo impele á despreciar á aquellas que no obtienen los favores de la fortuna, caprichosa dama dispuesta á prendarse más de los que ménos lo merecen. Lo cierto es que Julia y Pablo pasarán su luna de miel afligidos y temerosos por culpa del árbol viejo que se niega egoistamente á protegerlos con su sombra.

—El mundo está sembrado de espinas, murmuré con tristeza.

—En lugar, por lo mismo, de compadecer á los difuntos, debiéramos decir envidiándolos; Descansan al fin! prosigió Cecilia, exhalando un suspiro. Mas el corazon no reflexiona como el entendimiento, y mientras el hombre habite la tierra juzgará la muerte que lo separa de los afectos concebidos la peor de las desventuras. Una defuncion ha ocurrido pocos días hace en Matánzas, la ciudad del claro cielo, las cristalinas aguas y los verdes contornos, que allá y aquí se ha sabido con sincera pesadumbre. Aludo al fallecimiento de D. F. Aguiar y Loysel, que por su inteligencia y sus virtudes mereció el aprecio de cuantos lo conocieron y trataron.

—Mi querida y constante amiga Mercedes, la ma tanquera, me habla del particular en su carta última, igualmente que de la profunda afliccion en que yace sumida la muy simpática y estimable viuda del señor de Aguiar y Loysel, añadió yo.—Ay! Felices los que duermen tranquilos el sueño eterno, pero desgraciados los que lloran sobre una tumba y á los cuales las exigencias de la sociedad obligan, transcurrido cierto tiempo, á reservar su dolor, so pena de ser acusados de exageracion y de afectado sentimentalismo!

—No me gusta la melancólica tendencia que ha ido adquiriendo nuestro diálogo, exclamó la amable habladorcilla á quien llaman sus amigas pico de oro. Démosle en consecuencia distinta direccion. La compañía de zarzuela que primero trabajó en Matánzas funciona actualmente en nuestro gran teatro, y aunque no pertenezco al número de las personas que consideran imposible vivir sin fiestas ni bullanga, me alegro de que se me haya proporcionado ocasion de oírlo. Los artistas que desempeñan á *Campanone*, zarzuela que cansará pronto, apesar de su bonita música, á causa de su argumento privado completamente de interés, me agradaron tanto que ya he encargado va-

rias *toilettes* de esto para asistir á las funciones subsecuentes.

—Cierta admirador tuyo, bella Cecilia, me ha participado que la noche que *debutó* en Tacon la compañía citada, parecías en tu palco un lirio de Junio. Quién hizo el traje gracioso que entonces lucistes?

—La habilísima modista francesa Mma. Bolotra cuyo buen gusto y el de su simpática hija son inmejorables en materias de tocador. Consistía el vestido en cuestión en anchísima falda de granadina blanca, listada de verde, que realizaban guarniciones de gro de igual color, fingiendo hebillas rodeadas de blanda nevada y primorosa. Sin duda me han comparado con los lirios de Junio porque las referidas guarniciones, de dos verdes diferentes, producían sobre la cándida gasa un efecto semejante al de las hojas tiernas y sombrías de la flor poética circuyendo su alba corola de un tronó de verdor. En una palabra; si esa noche merecí la calificación de elegante lo atribuyo imparcialmente al arte parisiense de Mma. Bolotra, quien además de la saya fresca y linda me arregló un corpiño precioso que al formarme una fina cintura aumentaba con la *draperie* encantadora del pecho y de la espalda la amplitud de mis hombros. Pero desearía saber si mi primo Enrique, que nunca me lisonjea, me comparó también con los lirios sanjuaneros.

—Yo se lo preguntaré al escribir nuestra conversación, le contesté riéndome.

La llegada del dichoso primo Enrique interrumpió de golpe nuestra plática. Al verlo el lirio de Junio se convirtió en purpurina rosa y el pico de oro comenzó á balbucear torpe y confusamente. ¿Será verdad que el traidorzuelo del arco y de las flechas se complace, para ostentar su poder, en volver mudo al elocuente y viceversa? ¡Pícaro Cupido!

FELICIA.

LA PEREGRINACION DE CHILDE HAROLD,
POEMA DE LORD BYRON,
TRADUCIDO POR
D. MANUEL DE LA PEÑA Y CAGIGAO.

¿Es un juicio crítico sobre la traducción de este precioso poema el que vamos á emitir? No, ciertamente.

Para desempeñar el severo papel de censores se necesita gran autoridad, adquirida por repetidas pruebas de suficiencia; y como de entrambas cualidades carezcamos, no imitaremos á las personas que lo ejercen con tan pobre fortuna, que sus críticas, incapaces de resistir el más ligero exámen, sin que se revele la ignorancia ó la pasión, se leen siempre con prevención y desprecio.

Dichosamente en esta época de especulación política y mercantil, abundan tanto los criticastros y difamadores de oficio, que el sentido común de la humanidad, que la preserva de muchos desaciertos, repudia en sus transacciones esa moneda maleada por falsificadores de mala ley, apreciando la noble censura que principia por reconocer lo bueno, siquiera luego indique lo mediano ó lo absurdo, á fin de arredrar de tales escollos á los incautos y desprevedidos.

Cuando dentro de la modesta esfera que dejamos indicada y muy ajenos de que el traductor de Childe Harold y el amigo de la infancia pudiese desaparecer tan súbitamente de la escena del mundo, ofrecimos dar á conocer esa joya literaria, modelo de traducciones, nuestro primordial objeto, sabiendo hasta donde rayaba la excesiva modestia del señor Peña, cifrábase en comprometerle á que prosiguiese su árdua tarea, acabando de verter al castellano, si no todas, al ménos las principales producciones del barón inglés.

No era, pues, un juicio crítico ni un artículo laudatorio lo que nos habíamos propuesto publicar en las columnas de *El Eco Ferrolano*; reduciase nuestro propósito á copiar algunos trozos de la traducción del poema, entresacados al azar, dejando al público el derecho de juzgarlos, aunque ofreciendo á nombre del traductor, que si su trabajo era bien acogido, no sería el último fruto de sus desvelos.

¡Cuánto, cuánto halagaba nuestro amor local la idea de que tradujese nuestro amigo las obras de Byron!

Acogíamola con efusión, persuadidos íntimamente de que, contadas personas ó ninguna se haltaban en las favorables condiciones y con la aptitud del malogrado Peña para comprender al poeta, cuyos pensamientos, velados á veces por la fuerza de su intuición y por la misma índole del idioma, ocultan sus vagos y grandiosos contornos, sus fórmulas inmensamente sencillas, á una vista poco ejercitada, á un talento vulgar; dificultando además la traducción de sus versos, la variedad de tonos en que prorrumpe á cada instante su apasionada lira.

Oigamos lo que sobre el particular dice el traductor en su bien escrito prólogo.

Byron «ó pinta ó declama—apenas refiere; y esto á la ligera, en desórden, como de improviso, y en un estilo desigual por extremo, alternativamente remontado, vulgar, patético, jocoso, meliflúo y empapado en hiel. Es un panorama de lo que el poeta piensa, siente y vé al mismo tiempo que está escribiendo

—todo mezclado, todo confundido, sin combinacion de sombras ni de colores, contra todas las reglas del arte.»

«Pero en cambio, tantas y tales bellezas los avaloran; de tal magia ha sabido revestirlo Lord Byron con su rica y esplendorosa fantasia, que desde la primera hasta la última página tiene vinculada inevitablemente nuestra atencion, sin permitirnos suspender ni un momento su sabrosa lectura.»

Pues bien, para no naufragar en la traduccion de la obra más encomiada de un tal poeta, para no caer desde las inmensidades á donde Byron remonta siempre su atrevido vuelo, para interpretar su enérgico pensamiento á través de sus inesperadas transiciones, y traducir las palabras de desden, de cólera, de piedad ó de burla que le inspiran las escenas que describe y las miserias del mundo, si sujetarse á los preceptos clásicos, pero obedeciendo á los principios de estética más admirables, era imprescindible conocer muy á fondo el idioma ingles, abrigar una alma dotada de exquisita sensibilidad y poseer otras especialísimas dotes de que Peña no se creía adornado, pero de las que sus amigos le creíamos superabundantemente provisto.

Y no una, sino muchas veces; y no ahora, sino mucho tiempo há; y no en conversaciones familiares y pasajeras, sino en cartas que conservamos como un bien precioso, se exageraba Peña y combatíamos nosotros con persistente denuedo, las dificultades de interpretar á Byron, animándole, insistiendo y rogándole que en obsequio del Ferrol, en aras de la patria comun y en provecho de nuestra literatura, nos hiciera el sacrificio de sus opiniones, traduciendo sus obras.

«La Peregrinacion de Childe Harold», esto es, la obra maestra del fecundo poeta, fué su primer ensayo; ensayo felicísimo, que rodeando de una aureola sagrada su recién abierta sepultura, la salvará de un perdurable olvido.

¡Ah! Si la Providencia no hubiera puesto fin á la laboriosa vida de Peña, pronto habríamos saboreado la traduccion de «El Giaour», precioso poema oriental que es un doliente canto de infortunado amor; y sucesivamente «D. Juan» y el «Maceppa» y acaso una tras otra todas las bellas producciones del inmortal Byron.

Al consignar estos proyectos que nos comunicaban sus moribundos lábios, rebose en nuestra alma la amargura de que no hubiera podido realizarlos en honra propia y del país que lo vió nacer, por más que acatemos el fallo de El que todo lo sabe, de El que to-

do lo puede, de El que todo lo vé, de El que todo lo dirige y de El que todo lo convierte hácia un fin grandioso y eterno.

Si; acatamos la voluntad divina; pero no se extrañe que nuestro corazon, en vista de tan deplorable como inesperado suceso, que ha apagado una vasta inteligencia, cuando precisamente se disponia á darnos los sazonados frutos de su vida consagrada al estudio, carezca de estímulo para cumplir una promesa cuyo objeto principal habia sido al hacerla, segun dejamos dicho, recabar de Peña una palabra que aun no se habia decidido á empeñarnos.

A no haber empeñado la nuestra, pública y solemnemente, nos abstendríamos de escribir hoy estas líneas, bien convencidos de que nuestras apreciaciones tocante á la traduccion de Childe Harold, ni son capaces de realzar su mérito, ni de ilustrar la opinion de nadie. Sólo para llenar un compromiso contraido bajo la impresion de lisongeras esperanzas, impusiéramos á nuestra pluma un deber superior á nuestras fuerzas quebrantadas por el dolor que doblemente nos aqueja en nuestra cualidad de paisano y amigo del finado; pues se comprende que habiéndonos de ceñir á hablar de su última produccion literaria, cuando nuestro propósito era compelerle á nuevos trabajos, la esencia de nuestro pensamiento ha variado por completo.

Sirvanos de excusa esta explicacion contra las indoctas apreciaciones que nos resten por hacer, ya que de alguna manera hayamos de pagar al público nuestra deuda, y al amigo querido el tributo de nuestro afecto.

Poseyendo Peña el idioma de Milton y Shakspeare como si hubiera nacido y criádose en la Gran Bretaña; conocedor del patrio idioma con la profundidad que sus escritos revelan; manejándolo con la maestría, pureza y elegancia que todos reconocen en sus más insignificantes trabajos, y pudiendo servir de modelo su elocucion fácil, castiza y armoniosa, nadie mejor que él podia habernos hecho conocer las bellezas de los versos de Byron en la severa y magestuosa lengua de Cervántes.

De ello nos persuade la muestra que tenemos á la vista, y en comprobacion de nuestro aserto vamos á permitirnos una ligera digresion sobre las no pequeñas dificultades que necesita vencer un traductor concienzudo.

Cada idioma tiene una sintaxis peculiar, una índole propia y distinta de los restantes. Seméjense los que provienen de un mismo origen, pero sus giros, sus locuciones, sus modismos, su armonia y hasta la parte mímica, les imprimen una variedad tal y tan

grande, dependiente de estos y otros muchos accidentes, que si su analogía puede encontrarse remon-
tándose hasta la raíz etimológica de las palabras, la
equivalencia de éstas ya es ménos fácil traducirla.

El francés, el italiano y el portugués, comparados
con el idioma español, nos suministran ejemplos nu-
merosos en infinitas traducciones á cual más detes-
tables y en los elogios que se prodigan á las muy po-
cas que hay buenas ¿Quién no alaba la propiedad y el
acierto con que el célebre autor de Fray Gerundio
de Campazas, el amigo de nuestro Cura de Fruime,
vertió del francés al castellano á Gil Blas de Santilla-
na? ¿Qué extranjero admitirá como perfecta la me-
jor traducción que en su lengua se haya hecho de
nuestro Quijote? Estas dos citas compendian el raro
mérito de una buena traducción, y lo imposible que
es aclimatar en otro suelo ciertas plantas que me-
duran y se embellecen al calor de las costumbres na-
cionales. Si el argumento del Gil Blas no hubiera si-
do un cuadro de costumbres españolas, tal vez el P.
Isla no nos habria dado una copia tan al natural.
Por eso el Quijote no encuentra allende el Pirineo
molde que le ajuste ni propio para ser vaciado.

Hé ahí las razones porque nunca se adaptan á la
misma forma los conceptos expresados en un idioma
cuando se traducen á otro, siendo con frecuencia
bello y sublime en aquel lo que es trivial é insípido
en éste, ó viceversa. La primera estrofa de la Oda de
Manzoni á la muerte de Napoleon, titulada *El cinco
de Mayo*, que goza de una celebridad universal, nos
suministra un ejemplo que vamos á someter al crite-
rio de nuestros lectores. Dice

Manzoni: Ei fú siccome immobile,
Dato il mortal sospiro,
Stette la spoglia immemore
Orba d' un tanto spiro;
Così percossa, attonita
La terra al nunzio stá.

Tradujéronla los Sres Hartzembusch, Pesado, Ri-
sel y Matta, de la manera siguiente:

Hartzembusch: Murió.—Cual yerto quédase,
Dado el postrer latido,
Del alma excelsa huérfano
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.

Pesado: Así como ya inmóviles,
Faltos de tanto aliento
Sus despojos miráronse
Sin vida y movimiento,
Así la tierra atónita
A tanta nueva está.

Risel: Fué; como inerte, exánime,
Dado el mortal suspiro,
El tronco paró, huérfano
Del divinal respiro,
Así la tierra atónita,
Yerta al anuncio está.

Matta: ¡El fué! Cual queda exánime,
Dado el final lamento,
Del alma grande, huérfano
El cuerpo en el momento,
Así al anuncio, atónito
Y herido el orbe está:

Alguna de las cuatro versiones copiadas ¿habrá
logrado conmover la más pequeña fibra de vuestra
alma? ¿No puede acusárselas de un sabor extraño á
nuestro paladar español? Porque ni la entonacion, ni
la rima, ni el metro, ni los conceptos, ni la sintáxis,
corresponden, segun nuestro sentir, en castellano,
al grandioso objeto que trata la oda italiana; y si
no nos lo vedara el respeto que nos inspiran los tra-
ductores, acaso demostraríamos que el génio de
nuestra poesia no se presta á cantar en versos meno-
res la muerte de Napoleon primero, ni plegarse á
una traducción tan servil ó literal, sinó á poseerse
del pensamiento dominante, para desplegarlo con el
severo y magestuoso atavio con que Rioja, Melendez,
Quintana y Espronceda cantaron sus inmortales odas
á Itálica, á las Estrellas, á la Imprenta y al Sol.

Sobra razon al señor Costanzo para preguntarse:
«Pero los sábios que lean el original y las traduccio-
nes de la misma oda, bien sea en castellano ó en
otra lengua vulgar ¿encontrarán acaso en ellas las
mismas bellezas que se notan en Manzoni? Y para
responderse: «Ciertamente que no.»

Lo expuesto basta para que el lector aprecie por sí,
y sin necesidad de nuestro débil auxilio, el mérito de
las primeras estrofas de algunos trozos de Child Har-
old, que tradujo en verso el Sr. Peña. Comparando
es como se aquilata el valor de las cosas.

XIII «Pero á tiempo que el Sol iba hundiendo en
el mar su disco de oro, Child Harold tomó su harpa
de la cual sabía arrancar no aprendidas melodias cuan-
do se figuraba que ningun oído extraño podia escu-
charle; y comenzó á pulsar sus cuerdas y á entonarsu
canto de despedida en medio del sombrío crepúsculo.
En tanto que la nave volaba por la liquida superficie,
alejándose gradualmente el espectáculo de la ribera,
Child Harold dirigió á los elementos este postrer
adios:

I.

¡Adios, adios!—El húmedo elemento
Mi ribera natal oculta ya;
Mugen las olas y suspira el viento.
Mientras chillando la gaviota va.
El sol, que se avecina al Occidente
Nuestra fija mirada lleva en pos—
Adios natal ribera, sol fulgente,
Adios, te digo, patria mia, adios!

LXXXIV. «Contentábase con observar, sin mezclar-
se á la muchedumbre, siquiera no viese á los hombres

con el odio de un misántropo. Hasta hubiera tomado parte de buena voluntad en el baile en el canto; pero ¿quién podrá sonreírse cuando se siente abrumado bajo el peso de su destino? Nada de cuanto veía en torno suyo podía mitigar su tristeza; y con todo cierto día probó Chile á sacudir de sí al demonio que le acosaba, y sentado con aire pensativo en el retrete de una hermosa dama, se entretuvo en improvisar este canto, dedicado á unos atractivos tan interesantes como los que le habían cautivado en tiempos más felices.

A INÉS.

I.

Nó, no sonrias, viendo mi tétrico semblante.
¡Ay! Nunca yo de nuevo podré risueño estar;
Mas no permita el cielo que llores algun día,
Y que ninguno enjague tus lágrimas quizá.»

«Esta composición,—dice Peña en una nota,—que respira tan honda y terrible melancolía, ocupa el lugar primitivamente destinado por el poeta á las adjuntas estrofas, también escritas en alabanza de nuestras españolas:

¡Oh! Nunca me habéis ya del triste clima
De mi tierra natal, de sus beldades.
¿Habeis visto, cual yo, la hermosa Gádes
Y sus hijas de aspecto encantador?
No tiene, nó la gaditana virgen
Ojos azules, ni cabellos rojos;
Más ¡cuánto sus cabellos y sus ojos
Los superan en gracia y en color!

No más citas. Esto nos llevaría muy léjos, hasta copiar íntegramente el poema, de cuya traducción en prosa y en verso no hemos querido exprofeso y para evitar la tacha de parciales, trasladar sinó los párrafos que preceden á las primeras estrofas.

Ahora, juzgue el lector si la espontánea y fluida versificación que las recomienda, si los giros adoptados por el traductor en la copia del original, son ó no superiores á la dureza de estilo y á la obscuridad de los conceptos que imperan en los ejemplos mencionados. Y si conviene en que las muestras presentadas de la traducción del Sr. Peña son un acabado modelo, que no deja nada que desear en cuanto á la belleza y claridad de la dición de su prosa, ni á las suaves armoniosas notas líricas que esmaltan sus versos, nosotros le respondemos de la escrupulosa exactitud con que, venciendo dificultades insuperables para la generalidad de los traductores, ha vertido al castellano, este buen hijo del Ferrol, la más preciada obra del inmortal poeta inglés.

JUSTO GAYOSO.

LAS BELLAS ARTES. (1)

II.

Con temor entramos en esta segunda parte de nuestro limitado trabajo, y decimos con temor, porque á fuer de exactos y verídicos en nuestros pobres conceptos nos veremos obligados á confesar, el triste espectáculo que presenta Galicia, al hablar de las *Bellas Artes* en la edad moderna. Por esto es por lo que tenemos que empezar hoy asentando el principio de que no hemos tenido escuela alguna, mientras tanto en la mayor parte de las provincias de España, se formaban y extendían las que fueron después el origen de las numerosas obras artísticas que son en el día la admiración de los propios y extraños que visitan nuestros envidiados *museos*.

Cierto es, sin embargo, que en la época en que las artes brillaron con más esplendor en la Península, cuando aquella grandiosa pléyade de artistas se derramaron por el suelo patrio de vuelta de su expedición á Italia, nuestro país vivía alejado de aquel movimiento literario y artístico que entonces se efectuaba. Había sido muy combatido en sus guerras de feudalismo, las luchas intestinas pesarán sobre ella de una manera cruel, y tanto los *señores* como los vasallos, necesitaban reparar sus fuerzas y arreglar sus intereses menoscabados y perdidos en aquellos sangrientos combates. Los primeros, retirados en sus fortalezas ó corriendo á alistarse en las huestes que el Emperador llevaba á Italia para pacificar aquel reino y hacer frente á los aprietos en que le ponían los franceses, no podían favorecer á los segundos que, á causa de esto veíanse obligados, aun aquellos que sentían dentro de su alma la secreta inspiración del arte, á ahogarla y acabar sus días en un miserable taller, ó en los oscuros claustros de un monasterio.

No había medio de salir á buscar los tipos del arte: todos los caminos que conducían á aquel saludable fin estaban obstruidos: no se divisaba en lontananza nioguna luz que pudiese alumbrar á los que pretendían aprender aquel espinoso viage, ni una mano amiga que les ayudase y fortaleciese. ¿Cómo, pues, habían de florecer las artes en nuestro país? ¿Cómo habían de formarse escuelas? Imposible; faltaba uno de los elementos, que entonces era esencial, esto es, la protección de los reyes y de los grandes que con sus riquezas y cuantiosas dádivas alimentaban á los artistas, alentándolos al mismo tiempo en la carrera que habían emprendido.

De aquí el que, creyésemos siempre injusta esa nota de estériles en las letras y en las bellas artes con que han querido señalarnos las demás provincias. No, nuestro país no es estéril; será más ó menos feundo, pero tan improductivo, tan escaso de ingenios como quieren hacerlo los extraños, de ninguna manera. Bajo su cielo dorado, en el centro de sus variados y hermosos valles debieron crecer siem-

(1) Véase tomo IV, pág. 244.

pre poetas y artistas; á la vista de aquella rica naturaleza que con mil formas diversas se le ofrecia á todas horas, es imposible que no presintiesen dentro de su alma el sentimiento de lo bello. Pero sus inspiraciones debieron apagarse desfallecidas, como la flor que crece en la escarpada roca, que muere por no encontrar á quien comunicar su embalsamado aroma. Sin una mano que les abriese las puertas para correr en busca del arte ¿qué habian de hacer? como la flor, morir se lamentando en el fondo de su alma la dureza de su suerte.

¿Podrian vanagloriarse hoy Sevilla, Valencia y Toledo de contar en su seno tan afamados artistas como los que dieron nombre á sus diferentes escuelas, sinó hallasen espléndidos protectores que les auxiliasen y favoreciesen en sus trabajos? A buen seguro que no.

Cansado y fuera de nuestro propósito sería, el detenernos ahora á enumerar las muchas y sobradas razones que prueban en contra de esa esterilidad tan decantada; ingenios hubo siempre en nuestro pais y artistas más ó ménos aventajados, lo que faltó en todos tiempos fué proteccion, fué apoyo para que los unos y los otros brillaran al lado de los más eminentes en las ciencias y en las artes.

No podemos concluir sobre este punto sin añadir una circunstancia esencial que contribuyó no poco á que las *Bellas Artes* no contasen en Galicia con grandes prosélitos. Esta clase de estudios, fueron siempre difíciles, costosos y soportables sólo, cuando tienen apoyo en los gobiernos ó en las personas en quienes esta vinculada la riqueza. En nuestra patria, más que en ninguna otra, este elemento faltaba en la época que examinamos; se construian edificios, se ejecutaban estatuas, pero no se llamaba para la realizacion de estas obras, artistas de acreditada nombradía; los fondos destinados á aquellos objetos llegaban trabajosamente, para sostener los que existian en el pais, que por su gusto y educacion no podian salir de la vulgaridad en sus conocimientos; se cuidaba más de hacer muchas iglesias y de cubrir de imágenes sus altares, que de escoger los artistas de verdadera disposicion é ingénio, para que ántes de ponerse á trabajar, fuesen léjos de su patria á adquirir el buen gusto con la vista de las grandes obras del arte. De este mismo mal, siguió adolecendo el pais gallego hasta nuestros días y adolece hoy todavía. Para convencerse de esta verdad, no tenemos más que entrarnos en una de las más pequeñas iglesias ó ermitas levantadas en nuestro pais; allí veremos que las efigies aparecen colocadas unas encima de las otras, porque el local es reducido para contener tanta profusion de ridiculas imágenes—artísticamente hablando—que sólo merecian que sin piedad se les condenase al fuego. ¿Cuánto más no ganaria el arte y el buen gusto si en lugar de tanto número de obras hubiese una ó dos ejecutadas por un buen maestro?

No se nos ocultan las dificultades, las supersticiones contra las que tendria que luchar el que pretendiese tan útil y noble fin; pero algun día es preciso

dar principio á esta obra regeneradora desterrando añejas preocupaciones, que no hacen más que alejarnos de los pueblos donde la cultura y la civilizacion tienen honroso asiento. Las Academias de Bellas Artes y las Comisiones de Monumentos de cada provincia, son las que deben dar el primer paso en este nuevo camino, ya con sus consejos, ya con la autorizacion de que están revestidos.

Volviendo á nuestro objeto y echando una mirada sobre el estado del arte en la edad moderna, en lo que se refiere á nuestra patria, hallamos un Gregorio Hernandez, natural de Pontevedra, escultor distinguido que llegó á hacerse notable enriqueciendo con sus obras la mayor parte de los conventos é iglesias repartidas en las principales ciudades de España. No hemos podido averiguar que hado benéfico le llevó fuera de su patria y le obligó á vecindarse en Valladolid, en donde murió á la avanzada edad de sesenta años; y decimos, hado benéfico, porque á no haberse establecido léjos de su pais natal, su genio se habria hecho estéril y su nombre hubiese pasado obscurecido; no cabe duda que con esto hemos perdido mucho, pues si hubiera vivido en nuestro suelo, mayor seria el número de obras que encontrásemos debidas á su facilidad en el trabajo, estando reducidas las que poseemos al *Crucifijo* que se venera en una capilla, hecha exclusivamente para este objeto, en la iglesia del ex-monasterio de Conjo, situado en uno de los arrabales de Santiago, y las estatuas de San Ignacio y de San Francisco Javier en el Colegio que fué de Jesuitas, de la misma ciudad. Sólo este aventajado escultor y Antonio Pimentel, que tambien era arquitecto, encontramos en el extenso catálogo de pintores, escultores y arquitectos nacidos en aquella época brillante para las artes. Es muy posible que hubiesen existido algunos más, pero sus nombres han quedado completamente olvidados sin que de ellos se encuentre rastro ni memoria. En el siguiente siglo, esto es en 1627, figuran como escultores notables Monte y Paz al lado de los pocos artistas que seguian á los grandes maestros del *renacimiento*, libres del contagio del mal gusto que entónces comenzaba á inundarlo todo.

Al comenzar á correr los primeros años del siglo XVIII aparece en nuestro suelo la gran figura de un Felipe de Castro, que nacido en una obscura y retirada villa de Galicia, llegó á colocarse en primera línea entre los más afamados artistas de España, mereciendo el dictado de restaurador del arte. Aunque han sido muchas las obras que salieron de sus manos, sin embargo, pocas son las que se encuentran en su patria; entre estas merece especial mencion el San José, que hemos admirado más de una vez, en el convento del Carmen de Padrón, y un Santiago peregrino existente en la Iglesia del mismo nombre en la referida villa.

Aventajados discípulos de este verdadero genio artistico lo fueron Benito Silveira, Gambino, y Ferreiro. El primero de éstos, de carácter obscuro y raro en demasia, no se aprovechó como debiera de sus relevantes dotes, y abandonando la corte vino á

morir á Santiago, supueblo natal. Sólo cogía el cincel estrechado por la necesidad, así es, que no conocemos de su mano más que las imágenes que adornan los colaterales de San Martín, las del retablo mayor de Santa María del Camino, y las de vestir de San Antonio Abad y Santa Bárbara, existentes en la misma ciudad que lo vió nacer.

Gambino, y Ferreiro, éste, yerno del primero, dejaron también en su país notabilísimos trabajos; entre otros descuella por su admirable ejecución, el muy conocido relieve de la batalla de Clavijo, que es la admiración de todos cuantos visitan el precioso Seminario, uno de los más hermosos edificios de Santiago. Aquella obra immortalizará por siempre los nombres de Gambino y de Ferreiro.

La pintura ha encontrado también, en el pasado siglo, intérpretes hábiles y distinguidos: hemos tenido á Bóuzas, Figueroa, y García Hidalgo. Del primero son los lienzos que representan á San Pedro y San Andrés, existentes en la sacristía de la Catedral de Santiago, y del segundo sólo sabemos, por lo que nos dice Cean Bermúdez, (1) que pintaba buenos y excelentes países. En cuanto á García Hidalgo hemos visto uno de los cuadros que pintó para el convento de Agustinos de la referida ciudad de Santiago, que se conserva hoy en la sacristía de aquel convento y representa á San Agustín en traje de peregrino lavando los pies á Jesucristo. Es de grandes dimensiones, pero el tiempo y algunos retoques que ha sufrido por alguna mano profana, no permiten que se pueda juzgar de su verdadero mérito.

Los biógrafos de D. Juan Antonio Bóuzas nos dicen que tenía un hijo muy aventajado en las flores: arte hoy elevada á una perfección maravillosa por un hijo de Galicia, D. José Sisay Nuñez de Andrade, que ha llamado la atención en las exposiciones extranjeras, por la propiedad de sus flores, á las que, sólo falta su dulce fragancia para llegar á confundirse con las naturales que fielmente imita.

También los demás ramos de las Bellas Artes no permanecieron inactivos en el período que examinamos; el arte de la platería tuvo á un Figueroa que en 1701 ejecutó la custodia del altar mayor del Apóstol en la Catedral, y en el camarín donde está colocado aquel Santo; en donde puede admirarse el buen gusto que presidió á aquella obra y el acertado orden y distribución del grupo del Padre Eterno rodeado de Angeles, que se halla también en el mismo altar y sirve de corona al camarín referido.

Viniendo ahora á nuestros días, encontramos jóvenes distinguidos, que honran á su patria y ponen muy alto el buen nombre de Galicia. Entre estos merece especial mención el malogrado D. Ramon Gil que dejó de existir en lo más florido de su edad, Villaamil, y Avendaño en lo que se refiere á la pintura; y D. Andrés Rodríguez, D. Juan San Martín y D. Francisco Vidal con respecto á la escultura. Otros hay, que no recordamos en este momento, que manejan con habilidad el cincel y la paleta y que han

merecido por sus obras justos y merecidos aplausos.

Después de esta ligera y rapidísima excursión que acabamos de hacer por el vasto campo de las Bellas Artes, creemos que no podrá culparse á nuestra patria de la falta de artistas de talento y ni á éstos tampoco, el que no llegasen á formar escuela. Hubo una época en que pudo realizarse aquel utilísimo pensamiento, pero causas muy profundas lo han impedido: algunas hemos apuntado ya y otras apuntaríamos también si la índole del periódico en donde tenemos la honra de trazar estas pobres líneas, nos lo permitiese. Diremos hoy, porque esto no podemos callarlo, que Silveira, el compañero más querido de Castro, murió víctima de la miseria y de la indigencia, y que Ferreiro, el autor del San Francisco que admiramos sobre la puerta del convento del mismo nombre en Santiago, llevó una vida pobre y llena de penalidades, llegando hasta tener prestado el lecho de muerte; y prestado por un infeliz cura de aldea!.. Estos hechos hablan elocuentemente y no necesitan comentarios.

En la época actual, no podemos ya alegar muchos de los inconvenientes con que necesariamente tuvieron que tropezar los antiguos artistas. Hoy la cultura y la civilización va corriendo el velo de ignorancia en que parecían sumidos algunos pueblos, la juventud encuentra más apoyo para llegar al término de sus preferidos estudios. Sólo alguno que otro obstáculo aun viene á interponerse entre los que aman las Artes y las profesan; deber nuestro es removerlas fomentando y facilitando el camino á la juventud ávida de saber y de gloria. La *Sociedad Económica* de que es órgano esta «*Revista*» (1) sostiene á costa de grandes sacrificios una escuela de dibujo; pero preciso es confesar que los dignos socios de esta corporación benéfica, no pueden extenderla á más, es decir, á darle el complemento necesario para que produjese los resultados que por todos se apetecen. Carece de una escuela de *pintura*, complemento indispensable del dibujo, y le faltan modelos para la *escultura*. Sobre esta escuela, tenemos la satisfacción de anticiparnos á manifestar á nuestros lectores, que la *Sociedad Económica*, va á inaugurarla dignamente dentro de pocos días. La llegada del Sr. San Martín de vuelta de su viaje á Roma, á donde ha ido á estudiar pensionado por las Diputaciones provinciales de este antiguo reino, por cuya acertada determinación no podemos menos de darles el más cumplido parabien, ha contribuido á que la referida *Sociedad* se apresure á plantear la Academia de Escultura, sin perdonar medio ni gasto alguno para que produzca buenos resultados y tengamos mañana artistas de inteligencia y buen gusto que den nombre á nuestra patria; así nos lo hace esperar el celo y los escogidos conocimientos que reúne en su arte, el joven profesor que está encargado de aquella Academia, señor San Martín (2).

Sin embargo, ya lo hemos dicho y se hace preciso el repetirlo, la *Sociedad Económica* sola y abandonada á sus fuerzas, no puede realizar cumplida-

(1) Diccionario Histórico de los más ilustr. prof. de las Bellas Artes en España.

(1) Habla de la *Revista Económica*. N. de la R.

(2) El desengaño ha sido terrible. N. de la R.

mente el pensamiento que se propone, esto es, de crear artistas que merezcan este nombre dándoles la educación conveniente, necesita el apoyo de todo el país representado por las Diputaciones provinciales y una vez que éstas han dado el primer paso en un camino de tan brillante porvenir para las *Bellas Artes*, que lleguen hasta conseguir tocar el término de sus deseos, facilitando fondos á la *Sociedad Económica* para que ésta consiga sus constantes deseos de *levantar el arte*, tan postrado y abatido en nuestro privilegiado suelo.

RAMON SEGADE CAMPOAMOR.

ZOOTECNIA.

La zootecnia es la parte de la zoología que trata de los animales domésticos. En sus tratados se hallan las reglas de su propagación y aplicaciones útiles. No hemos tomado la pluma para este objeto, sino para el de su estadística.

¿Será conveniente saber qué número de cada especie alimenta cada provincia? Opinamos que sí, y como nosotros, inferimos que opinarán todos los amantes del país en esta cuestión de su vital interés.

Preséntase ahora la necesidad de proyectar los medios que nos proporcionen la estadística zootécnica, sin notables dispendios de parte de la administración municipal, y de la de poseedores de animales domésticos.

Admitido el caso de que se quiera empezar por algo, sin perjuicio de perfeccionar el sistema conforme se vaya adelantando en la aplicación práctica, somos de parecer que sería conveniente establecer un *Registro de la propiedad zootécnica* en la oficina de cada ayuntamiento.

Para este fin utilísimo nos atrevemos á proponer, que, por medio de una sucinta ley administrativa, se obligue á cada vecino á depositar en el archivo del ayuntamiento á que corresponda, una noticia circunstanciada y clasificada del número de animales domésticos que posea, escrita en papel simple de hilo, firmada por el mismo, por el *postor ó postores* de los animales que hayan sido puestos á su cuidado por conveniencia de ganancia mútua, y por dos testigos de la vecindad. Si los primeros no supiesen firmar, la firmaría en nombre y á ruego de ellos, el testigo que los interesados eligiesen.

Escrita y firmada la noticia de base para el *Registro*, en pliego de papel común, la llevaría el interesado ó persona delegada de su confianza á la secretaria del ayuntamiento, introducida entre dos carpe-

tas de cartón, del tamaño de dicho pliego, con una papeleta pegada en medio del exterior de una de ellas con el apellido y nombre en esta forma: VILA (D. Pedro), si estos fuesen los del dueño de los animales de la noticia, que debería estar precedida de igual rótulo.

Vemos por este método, que el mayor gasto del interesado sería el de las carpetas al dar la primera noticia; pero éstas llevarían la ventaja de servir para las noticias posteriores, que de Zootecnia siguiese dando, para las relaciones de bienes inmuebles que exige la equidad del reparto de contribución, y para todos los demás documentos sueltos del que inscribiese en el *Registro* su propiedad zootécnica, y debiesen formar legajo.

Al recibir el secretario la noticia encarpeta, la sellaría con el sello del ayuntamiento, y daría recibo de ella á la persona que se la entregase. En la primera sesión de concejales pondría en conocimiento de éstos el número de noticias recibidas desde la última sesión celebrada. En el archivo se colocarían por orden alfabético las de cada parroquia en las gradas numeradas de su correspondiente estante. La serie de estantes de las parroquias seguirían también el orden alfabético.

Echada así la base del *Registro* con las primeras noticias, cuando un vecino que hubiese dado la suya viese disminuido el número de sus animales, por cualquiera motivo que fuere, notificaría la baja ó bajas ocurridas en un mismo día, expresando las causas que las hubiesen motivado, el nombre y apellido de cada postor, si los hubiese, y la fecha del día y año en que hubiesen ocurrido, firmando la noticia los interesados y dos testigos, ó uno de éstos por los que no supiesen firmar. Cada alta ó altas ocurridas en un mismo día para el aumento del número zootécnico, motivarían su correspondiente noticia, expresando todas las circunstancias de la adquisición para legalizarlas, inscribiéndolas en el *Registro*.

Adquiridas por este medio las noticias, el señor gobernador civil dispondría la impresión de estados, en forma apaisada, que contuviese cada uno, á la izquierda el número de casillas de las especies que se quisiera registrar, que sería para las altas, y á la derecha otras tantas para las bajas, dejando en el promedio de ambos encasillados el espacio suficiente para la explicación de los motivos de unas y otras con todas las demás circunstancias que debiesen mencionarse para seguridad de la propiedad semoviente, así legalizada, y para el estudio de la zootec-

nia de la provincia, incluso en los de zoología de su historia natural.

Suponiendo que se quisiesen registrar las especies del ganado vacuno, caballar, mular, asnal, lanar, cabrío y suíno, cada estado contendría siete casillas á la izquierda, y siete á la derecha. En cada casilla figurarían los números arábigos de las cabezas de la especie que indicase la parte superior de la misma. Al fin de año se sumarían los números de cada casilla, y escritas las varias sumas, concluiría el escrito con un resumen de altas y bajas anuales, mostrando por la diferencia el número de cabezas existente con que debería empezar el año subsiguiente.

Finalizado así el *Registro* ánuo de cada interesado en cada estado, se daría por terminado con la fecha de fin de año, firma entera del secretario, visto-bueno con media firma del alcalde y el sello del ayuntamiento.

Si el estado correspondiese á la propiedad semoviente de un tratante en ganados, ó de un propietario de muchos animales, con numerosas altas y bajas durante el año, se podría pegar un segundo estado á continuacion del primero, cuando no fuese éste de espacio suficiente para el *Registro* ánuo. Es indudable que dichos propietarios no serían numerosos en cada distrito municipal. A unos les bastaría un estado por cada año, á otros uno por cada dos, y á otros uno por cada tres, etc. Por esta especie de *Registro*, se podría calcular también el movimiento comercial de ganados de cada año.

Durante los primeros diez días de Enero, cada ayuntamiento formaría un estado por parroquias de su distrito con los datos del año anterior, adoptando la norma del de partidos que se puede ver inserto en el tomo X del Diccionario geográfico del Sr. Madoz, página 618 de la descripción de Madrid, y le remitiría una copia del que dejase archivado, al ayuntamiento de la capital del partido. Este, durante los cinco días restantes hasta el quince, formaría otro por ayuntamientos, de todo el partido judicial, y dejando un ejemplar en su archivo, remitiría una copia autenticada á la sección de Fomento del Gobierno civil. Esta sección publicaría en uno de los días restantes del mismo Enero, otro comprensivo de los partidos de la provincia como el citado de la de Madrid.

Si por denuncia anónima ó en otra forma recibida en la predicha sección de Fomento, en el ayuntamiento respectivo del ocultante, ó en el juzgado del

partido se hiciesen indagaciones, y resultase con certeza jurídica haberse dejado de registrar alguna cabeza de ganado en el término de quince días después de su adquisición, perdería el dueño la mitad de su valor obtenido por venta en pública subasta, y en el demás tiempo, el todo, aplicando el que fuese, á los fondos de la beneficencia pública del distrito municipal, y si no la hubiese, á limosna para los pobres más necesitados, repartida por el alcalde y los párrocos. La tramitación de las indagaciones sería de oficio en papel común ó de pobres, y sólo se abonaría éste por cuenta del valor que se hubiese obtenido. Se aplicaría también á dicho objeto la propiedad semoviente, que se hallase sin registrar en los secuestros judiciales.

Cada gobernador civil tendría la facultad de expedir licencias manuscritas, autenticadas con el sello del Gobierno, á los catedráticos de historia natural y escritores públicos que las solicitasen para que, exhibiéndolas á los secretarios y archiveros de los ayuntamientos, pudiesen adquirir aquellos los datos que necesitasen de la estadística zootécnica de sus respectivos municipios.

¿En qué estado se hallaba la estadística zootécnica de Galicia cuando se imprimió el Diccionario geográfico del Sr. Madoz? En el más deplorable que pueda imaginarse. Véase esta amarga verdad en las descripciones de sus provincias. En ellas no aparece la verdadera riqueza pecunaria, que ha debido aparecer, si la administración de aquella época hubiese sido otra mejor. Deploremos este abandono, y sirva de triste desengaño para el porvenir.

La obligación de registrar así la propiedad semoviente, sería una garantía de su seguridad; pues en los secuestros judiciales, bastaría presentar una certificación del secretario del ayuntamiento, visada por el alcalde y sellada por el mismo, para que se diese el derecho de propiedad á quien lo tuviese.

En la escribanía del señor Herme en Puente deume, existe el protocolo de un pleito motivado por demanda de don José María Prieto, con trámites de una información de testigos para acreditar, que una vaca, secuestrada con otros bienes, pertenecía á un postor vecino de Laraje. Por no haber conseguido éste aclarar su propiedad, no sólo perdió el valor de la vaca sino que por los gastos de costas á que fué condenado, ascendió su pérdida á más de seiscientos reales. Agréguese á ésta el tiempo que ha perdido en dar pasos en el juzgado y en otras diligencias, con perjuicio de la agricultura á que como labrador se dedica, y ascenderá á mayor suma la del menoscabo de

sus intereses, atendiendo al aforismo económico de los que dicen: *el tiempo es oro*.

En vista de todo lo expuesto ¿quién no proclamará la necesidad de establecer el *Registro* de la propiedad semoviente? Estudiemos bien nuestras necesidades; perfeccionemos con incesante desvelo nuestro derecho patrio; hagamos pronto las verdaderas reformas, que ya debieran estar hechas; creemos elementos de riqueza general basada en la concordia y en el equilibrio de los intereses armónicos de todos los *buenos miembros* de la sociedad, y de este modo llegaremos á ser una de las naciones de primer orden. ¡Ay de nosotros si nos estacionamos, y no estirpamos de raiz con adelantos beneficosos la decrepita maleza, que en vez de plantas útiles, se ha extendido fatalmente por los fértiles campos de nuestra patria!.....

DOMINGO DIAZ DE ROBLES.

AGRICULTURA.

La planta forrajera nombrada Bronca de Serader.

Ha llegado á nuestra noticia que se ha dirigido á la Sociedad Económica de Amigos del país de Santiago, por el distinguido miembro de la misma D. José Sanchez Villamarin, una comunicacion en la que ofrece dicho socio poner á disposicion de las Juntas de Agricultura, Industria y Comercio de las cuatro provincias de Galicia, cuatro paquetes de semilla de la planta forrajera Bronca de Serader, para que las expresadas Juntas estimulen su cultivo, dando la semilla á labradores entendidos que den cuenta de los resultados que obtengan.

No tenemos noticia de que hasta hoy se haya cultivado en España, siendo el benemérito Sr. Villamarin acaso el primer español que introdujo dicha planta, puesto que en Francia es moderno su cultivo, y los paquetes que nuestro director de Agricultura ha remitido á la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Granada, segun hemos visto en los periódicos, creemos que deben proceder del vecino imperio. Con la comunicacion á que nos referimos se acompañan las observaciones y reseña hechas por el señor Villamarin acerca del ensayo de dicha planta, de las cuales aparece que está llamada á llenar el grande vacío de la falta de forrage de invierno, al paso que se obtendrá el utilísimo resultado de que despues de recolectada en heno todavía pueda suce-

derle el maiz, por lo cual se deja ver la importancia de dicha planta.

Proporcionaremos á nuestros lectores todas las noticias que se nos comuniquen ofreciendo interesarnos en que se logren los deseos del celoso miembro de la Sociedad y de la Corporacion, hasta convertirnos con dicho sócio en incansables campeones á fin de que se propague por todas partes el cultivo de dicha graminéa, en beneficio de nuestra agricultura que necesita de los mayores estímulos para poder elevarse á la altura á que los adelantos del siglo con robusta voz y maravilloso ejemplo la están llamando.

FERRO-CARRIL GALLEGO.

Mientras el ayo de este infeliz pupilo se ocupe en dar palabritas de buena crianza, es bien seguro que no adelantaremos un paso en la ejecucion de la obra. El Sr. Martin entretendrá al público y lo entretendrá tambien el Sr. Quevedo; pero el ferro-carril quedo y más quedo. No importa que se vaya á cumplir el año desde que el Sr. Quevedo lo remató. Y esto de *rematar*, por vida del demonio, que es una palabra de muerte muchas veces y en esta ocasion no parece sino que se va la lengua á la verdad. Habla el señor Martin, ayo y médico á la vez del triste muchacho y en todos sus discursos y razones lo que más adelantamos nosotros en la ciencia de este negocio es ver que el tiempo le da la espalda sin hacerle caso, y se marcha y va ya muy léjos y el descortés no se vuelve por el Sr. Martin ni por nadie. Habla el Sr. Quevedo, y no habla mal tampoco; pero al fin del discurso lo que más adelantamos en la ciencia del dicho negocio es ver que el tiempo se aleja cada día más y es saber mejor que nunca que el ferro-carril está rematado. Púnzante los periódicos, acoméntenle los ciudadanos, baja una orden de la Direccion, habla de nuevo D. Meliton ¿Y qué sacamos en limpio? Que el ferro-carril sigue rematado por Quevedo que ni sube ni baja ni está quedo, dice la gente; aunque quedo y bien quedo se está el pobre muchacho discípulo de D. Meliton, y tan quedo que parece difunto.

No hay duda que de Vigo á Orense el ferro-carril debe hallarse adelantado ya con su constante ejército de seis mil hombres; pero allí no es ayo ni médico don Meliton; y además si el ferro-carril rematado por el Sr. Quevedo continua tan rematado ¿quién sabe á donde irá marchando luego ese brazo vigués ó de la via general, desesperado de pertenecer á un

tronco desventurado que no se le hace salir de la esfera del dibujo?

Sr. Martin, Sr. Quevedo, por Dios que la gente vuelve á decir que si Santander, que si aquí, que si allí está el busflis. Y no tiene nada de extraño pues tras tanto tiempo de espera, no salen ustedes del paso por este monte ni por aquel ni aun por lo que es llano é incontrovertible. No hay un solo roble de gusto para ahorcarse Bertoldo.

Si no es así, déjense ustedes de conversacion ó de *lè-ria* como decimos por acá, y si en tantos meses no dieron ustedes palotada visible ó de provecho, empiecen ustedes con mil, siquiera, de á caballo, y no nos tengan ustedes más tiempo colgados porque va ya muy estirada la cuerda y no es difícil que rompa. Se lo aconseja á ustedes un amigo.

MOVIMIENTO

LITERARIO DE GALICIA Y SUS HIJOS.

Historia de Galicia, por D. Manuel Murguía. Lugo: Imprenta de Soto Freire, editor. Se ha circulado el anuncio y en él se promete que saldrá la obra por entregas de ocho páginas en 4.º, su precio medio real en España y uno en Ultramar. 2 á 4 entregas semanales, siendo posible. Láminas representando vistas monumentales, retratos y batallas dibujadas y grabadas en Madrid por D. Federico Ruiz. Cada lámina equivale á una entrega. Mapas cada uno á 4 reales. Regalo, un gran mapa de Galicia, á los suscritores que ántes de la 1.ª entrega se suscriban. Calcúlase que las primeras entregas aparecerán á principios de Setiembre. Deseamos el mejor éxito á esta notable empresa, así como á la que en Ferrol está realizando D. Benito Vicetto, de cuyo autor van publicadas ya algunas entregas, y deseamos también idéntico resultado á la que se propone dar á luz D. Ramon Barros Sibelo con su descripción histórico, artística y monumental de Galicia.

El Maestro de escuela ó el Civilizador del mundo, por D. Domingo Erosa y Fontan, novela de unas 60 á 70 entregas, en 4.º español, de 16 páginas cada una, precio medio real, franco de porte. Se ha publicado el anuncio. Santiago: Imprenta de Manuel Mirás.

EL REY DEL LAGO.

Admirémos el ensanche y hermosura de aquella ría, cuyas orillas

están sembradas de puertos entre los que ostenta su magnificencia, como rey de aquel lago, el Ferrol, acaso hoy en poderío; pero lleno de magestad y de esperanzas.—PADIN, *Hist. de Gal.*, p. 163.

Entren y salgan las veloces naves
Rompiendo la Propóntide galáica.
Nueve millas de largo desde el Jubia
Al cabo Prioriño. ¡Vista hermosa
De extenso mar y nemorosa tierra!
Surque el vapor la novenaria ría:
Velas al viento, remos á las aguas.
¿Dónde el Bósforo tració ó el Dardanélos
De la Galicia helénica se estrecha?
Entre el Bryon y el Monte-Faro célico
De nubes coronado en su alta cumbre.
Fresco ambiente; respiro. El númen sacro
Del patrio amor en mi cerebro ardiente
Se anida con sus vuelos de poesía.
La isla de Cisarga, las Marólas,
Y la herculina torre allá á lo léjos,
Dominando gigante el vasto piélago,
En bella lontananza se divisan.

No os temo hoy, rompientes espumosos:
¿No os acordais del día en que se expuso
Á vuestras iras una lancha endeble?
Iba del Eume dirigida al Mero,
Iba de Puente de Eume á la Coruña.
Cerca del Seijo-blanco una tormenta:
Ráfagas, aguaceros; peligrosas
Montañas de oléage.... ¡Ay de los míseros!
¡Lloraban las mugeres!... Hubo alguna,
Que de mi veste asida, pretendía
Librarse del peligro amenazante
Poseída de terror.... ¡Ah! bien me acuerdo!
¡Era una triste escena de zozobras!...
Apartemos recuerdos angustiosos:
De mi agitada vida los azares
Releguemos al antro del olvido.

Se ennegrece la mar hácia Malpica,
Y una velera nave en su negrura
Con más negro velámen, escorzada,
Aleja de la playa bramadora
El alteroso bordo y ráuda quilla.
Desde el monte Campelo hasta el Ventoso
Ondulosas quebradas y eminencias
De áspera superficie, agreste aspecto.
De raras formas densos nubarrones,
Y los claros de azul que se interpolan,
Tejen el toldo esplendoroso y vario
Del grato panorama que describo.
Los barquichuelos de los pescadores,
Negruzcas motas de azulado manto,
Hienden con lentitud propia del arte
La haz tranquila de llanura ecuórea.
Se agolpan y confunden mis ideas;
Hierven y bullen en mi mente absorta
Confusos pensamientos á porfía.
Batalla fuerte de las almas nobles;

Febril delirio y f6rvida locura
Del que arde en viva llama de amor patriol

¿A qu6 objeto conirme? ¿A la Machina?

¿A la soberbia mole, Sala de Armas?

Al cuartel de Dolores? ¿A Chamorro,

Santuario peñascoso de Ser6ntes?

A la Graña, extendida como Y griega

Entre dos astilleros del comercio?

¿A Maniños; al Seijo? ¿A los castillos

De San-Martin, la Palma y San-Felipe,

Que defienden la entrada de la ria?... .

A todo, 6 todo el cuadro que embelesa,

Y el alma agita en palpitante circulo

De fraternal amor y bello encanto;

Ó de una realidad sombría y triste

De vértigo espantoso, lucha interna,

Que al fin la despedaza y la desquicia.

¿Pintar?—Me falta el génio de los Z6uxis,

De Rafael de Urbino, de Murillo.

¿Po6tizar?—El de Homero, H6siodo, Ennio,

Virgilio, Dante, Ercilla, Osian y Milton.

¿Renunciar, pues?—¿Sil quiero aquí morirme

De pena y de dolor en este castro

De negra soledad, porque no puedo

Ser el Z6uxis del cuadro en que natura

Prodigó sus bellezas, sus hechizos.

Ser el Osian de la region que engendra

La vaporosa niebla en que me arropo,

Como en nieves se arropan las montañas

Cuando el celeste Capricornio sube

A encaramarse en sus desiertos riscos.

Me extravió, cerniéndome en las crestas

De Anc6res, del Courel y del Cerv6ntes.

Dejemos las amenas digresiones:

Volvamos al objeto de mis 6nsias,

¿D6nde est6 el Rey del lago 6 quien mi n6men

Consagra sus lamentos y suspiros?

H6rc6es de Trafalgar, ¿no habeis estado

En el ponto que abrazan ambas márgenes?

Yo estoy de Prismos en la verde altura:

Os veo regresar en vuelo r6pido

Al *pasmo* de la Europa..., no, del orbe,

Al *pasmo* gigantesco de los siglos.

¿Olvidado el Ferrol?—¿Nol ¿quién lo olvida?

Vosotros mismos en la oscura noche

Venis aquí 6 llorar entre pinares,

Que susurran la historia de los celtas,

Y como los del Eta de la Acaya,

La po6sia de la Grecia antigua.

Volais al monte Faro y al Coruto,

Al Campelo y al 6ncos. De retorno

Por la Fervenza y Marrajon, la *Gloria*,

Decís, en d6nde est6?—Cerca de Neda.—

—¿Y la memoria de sublimes hechos,

De animadas escenas?—¿Ah! sigamos.

Al pi6 de las murallas de sillares,

De eternos malecones, hay un seno,

Que debiera cantar solo un Virgilio.

Lloremos!... Aquí est6!... ¿Qué silencios!

¡Ay! nada puebla sus marinas olas!

Aquí hemos levado nuestras 6ncoras

En otros tiempos numerosas veces,

Dejando el corazon 6 las nerinas,

Que en las playas de amor las castas redes

Extienden con sus gracias y atractivos,

Como en Churruca se notó el ejemplo.

Otras anclados sin temor ninguno,

Al abrigo de r6cias tempestades,

Que hacen tremar los altos promontorios,

Hemos poblado con flotantes cascos

Y un bosque espeso de empinados mástiles,

Ostentando sus cofas y sus vergas,

La espaciosa bahía y tersas d6rsenas.

El nauta, modulando barcarolas,

Se columpiaba en las torcidas j6rcias

De airosas guindas. Todo aquí era vida.

Simpática emocion, recuerdos vagos.

¿Y qué hay ahora? Aterrador silencio

En vez de las escuadras bulliciosas!

Empero, no: escuchemos! ¿Qué gemidos,

Qué robustos lamentos nos envian

Para animarnos las nocturnas auras?

Es el cisne del Miño, que ha tendido

Sus vuelos h6cia aquí. Dice: «Admiremos

El ensanche y belleza de esta ria.

Entre sus puertos su magnificencia

Ostenta como Rey de aqueste lago,

El Ferrol, hoy escaso en poderio;

Mas para alivio de sus hondos males,»

Lleno de magestad y de esperanza...

¡Oh! bien por el autor de *La Armonial*

Era un letargo, un sueño y un delirio;

Era un motivo de mi amarga pena.

Las sombras de los h6rc6es fugitivas,

Unas en tierra, y otras en el pi6lago

De Trafalgar buscaron el reposo,

Que 6 mi tambien mortal d6bil, me aguarda.

Susurran los pinares con tristura:

Prismos—Ferrol, son una triste p6gina; (1)

Un castro, y en su falda un riachuelo,

Que descende 6 un lugar llamado Armada,

Pr6ximo 6 esta soledad pinosa.

Deslicense por 6l, y all6 en la ria

De l6gubres memorias y esperanzas,

M6zclense puras con salobres ondas

Mis m6s ardientes y amargosas l6grimas.

DOMINGO [DIAZ DE ROBLES.

Prismos (en Maniños), Setiembre de 1860.

(1) PRISMOS action de scier, sciage, gfois etreinte, forte attache.—V. ALEXANDER, *Dictionnaire grec-français.*

CONGRESO AGRÍCOLA GALLEGO.

SECCION III.

Proyectos de ley, informes y demás documentos interesantes sobre los que no tomó acuerdo el Congreso.

Explicacion de algunos artículos del antecedente proyecto de ley.

No habiendo entre nosotros ninguna disposicion legislativa sobre generalizar la educacion artistica y fabril, que yo sepa, he ideado formar el adjunto proyecto de ley en sus 17 artículos, por si con esta excitacion hay quien mejore esta idea.

La seccion que en este artículo se propone es para que haya una autoridad al lado del gobierno, que lo instruya en todo lo que sea preciso practicar en este nuevo proyecto, sin gravar mucho el presupuesto de instruccion pública, proponiendo individuos de la direccion de estudios y el director general de las enseñanzas de artes y oficios en Madrid, quien no percibirá más que el sueldo que se le señale como tal director y además la gratificacion que se les dé á los demás individuos.

La creacion y ereccion de casas de hospicio y enseñanzas que se propone, sea para recoger tantos niños sin padres conocidos y para proporcionarles, cuando estén criados, medios de hacerlos ciudadanos útiles á sí mismos y al Estado con las enseñanzas de oficios y artes á los dos sexos, adecuados á su posibilidad y estado femenil, quitándolos al ser grandes, de la vagancia y miseria y de los vicios que ocasiona, extendiendo esta misma enseñanza, á los pobres, de valde y á los que no lo sean, por alguna retribucion corta, para cuyo efecto en las mismas casas, que serán conventos suprimidos, se deberán proporcionar localidades para las enseñanzas y sus talleres, con separacion siempre de los sexos y sus potencias.

De Madrid como capital y cabeza del reino, deben salir los bienes que bonifiquen y sostengan el cuerpo de la nacion; por este motivo se propone para director un hombre que esté muy versado en las ciencias exactas y naturales, por ser el cimiento en que estriban los oficios y las artes: si las enseñanzas de la corte han de tener el brillo que corresponde á la capital de la monarquía, los maestros y maestras deben ser los más hábiles en las maniobras que hagan, y sean naturales de la nacion, y si no del extranjero con los conocimientos especulativos y prácticos en ambos ramos, especialmente si en el enseñar no puede enseñarse por nacionales habrá que recurrir al extranjero donde haya las escuelas que aquí se proponen.

Los directores que se proponen para los Hospicios-enseñanzas de cada provincia, deben ser provistos por el Gobierno de S. M., despues de una oposicion hecha ante la seccion científica del Ministerio de Fomento, precedida de certificados ó informes de su buena conducta, religio sidad y afecto á la juventud de aprendi-

zage, igualmente que para que se sepa su saber en las ciencias aplicadas á los oficios y artes y poder explicarlas á los maestros, maestras y discípulos de ambos sexos, á fin de que al ejercer su profesion tengan presentes esta necesidad y además tengan la obligacion de explicar el cuaderno, por una hora á lo ménos, que se propone en el art.º 7.º á los que intenten el aprendizaje de cualquiera oficio ó arte; porque en esta cátedra se conocerán los discípulos que no sirvan para lo fabril, aconsejándoles que se dediquen á aprender la agricultura, y á manejar los aperos nuevos de la labranza de terreno del Hospicio-enseñanza.

Como en Madrid ha de haber maestros y maestras de todos los oficios y artes conocidos y que los enseñen con la perfeccion posible, habrá que facultar á las Diputaciones provinciales y aun invitarlas para que manden de las escuelas provinciales de enseñanza dos discípulos de ambos sexos, de mucha habilidad, aplicacion y despejo á que vayan á perfeccionarse en los oficios y artes en que hubiesen sobresalido ántes, con el fin de que queden de maestros y maestras de los Hospicios-enseñanzas, difundan la perfeccion de lo que aprendieron en Madrid, por las provincias, y sustituyan á los maestros de afuera, y que se extienda por el país el buen gusto y perfeccion de los artefactos de todas clases.

Los directores de los Hospicios-enseñanzas de las capitales de provincias tendrán la categoria de catedráticos de los Institutos de ellas y el sueldo como el más alto de los demás profesores y la mitad más como directores por el trabajo de tales á ellos impuesto, y sea satisfecho de sus fondos como profesores de una ciencia tan útil como las demás y estar agregado al presupuesto de instruccion pública.

Los sueldos de maestros no pueden fijarse, sino darles el en que se convinieren y ajustasen á su admision, y esto lo satisfagan los fondos que ingresen en las arcas de los Hospicios-enseñanzas, y éstos se compondrán de las cantidades asignadas á los que existan ántes de promulgada esta ley, de los productos de las Bulas de carne, pues que no pueden emplearse mejor que en sostener estas Casas de misericordia y caridad, donde se alojan individuos pobres de sojemnidad, dándoles una dote en esa enseñanza para vivir trabajando, hacerse ricos los de mayor habilidad evitando la ociosidad, madre de todos los vicios y delitos grandes, creando virtudes que nunca se borran, y haciendo que vagos puedan ser personas honradas y ciudadanos útiles á la sociedad al establecerse en matrimonios, aumentando una poblacion trabajadora y propia para convertir desiertos poblados de fieras en sociedades humanas, quitando esta emigracion que se advierte en algunas provincias de la monarquía á buscar trabajos fatigosos con poco lucro, perdiendo acaso las costumbres sencillas y religiosas de su primitiva vecindad.

(Se continuará.)

Editor responsable,

D. FRANCISCO M. DE LA IGLESIA Y GONZALEZ

CORUÑA.—IMPRESA DEL HOSPICIO,
á cargo de D. Mariano Marcos y Sancho.